

EL “SÍNDROME COMPENSATORIO” Y EL GIRO FRUSTRADO DE LA POLÍTICA EXTERIOR

Gaspar Llamazares

La decisión del fiscal González Mota de informar positivamente la petición de la acusación popular ejercida por IU y la Asociación Libre de Abogados de que declaren ante la Audiencia Nacional los oficiales de vuelo, oficiales de aeropuerto y controladores de las bases de Morón de la Frontera, Rota y Torrejón en relación con los llamados “vuelos de la CIA”, vuelve a poner de plena actualidad las consecuencias del “síndrome compensatorio” que ha marcado las relaciones del Gobierno Zapatero con la Administración Bush tras la retirada de las tropas españolas de Iraq en el 2004.

Esa decisión, en la que se ha basado la legitimidad del propio Gobierno Zapatero, debía haber sido el punto de partida de un giro de la política exterior española hacia el respeto del derecho internacional, el multilateralismo y la solidaridad. Así lo habían exigido cientos de miles de españoles que se habían manifestado contra la guerra de Iraq del “trío de las Azores”. Lamentablemente, ese giro ha sido frenado en buena parte por un “síndrome compensatorio” hacia la Administración Bush, bajo la presión de la derecha española y de las empresas multinacionales que creen que la última garantía de sus inversiones en América Latina no es tanto el derecho internacional como la fuerza de un imperio hegemónico conducido desde Washington.

Más allá de la preocupación recurrente de si el Presidente Bush recibía o hablaba con el Presidente Zapatero, el “síndrome compensatorio” se ha expresado en la actitud pasiva del gobierno en las investigaciones sobre los vuelos de la CIA, yendo siempre por detrás de los medios de comunicación o de la acusación popular; en el no cuestionamiento por principio de los Acuerdos de Defensa con EE UU de 1989, “flexibilizados” por el Gobierno Aznar en el 2002, con consecuencias que aun desconocemos en relación a la violación de los derechos humanos; en la negociación y adopción de nuevos acuerdos que permiten la actuación de los servicios de inteligencia militares de EE UU en territorio español; y en el mantenimiento de las tropas españolas en Afganistán, convertido en un segundo frente de la guerra de Iraq.

A pesar de este ejercicio de pretendido “realismo político” hacia la Administración Bush, como si España tuviera que hacerse perdonar la decisión soberana de cumplir el derecho internacional y retirar sus tropas de Iraq, lo que se ha conseguido es muy poco. No solo la Administración Bush ha mantenido durante toda la legislatura una política de “contención” del Gobierno Zapatero, mientras continuaba un diálogo privilegiado con políticos del PP en Washington que rozaba la ingerencia en los asuntos internos españoles, sino que ha prohibido la venta de armas españolas a Venezuela alegando patentes de EE UU y ha seguido acosando a las empresas españolas con inversiones en Cuba, amenazando sus intereses en EE UU.

Quizás ha llegado el momento de poner fin a este “síndrome compensatorio” y permitir, en el inicio de la nueva legislatura tras el 9 de marzo, que pueda tener lugar finalmente ese giro progresista de la política exterior que llevamos esperando cuatro años.

Las medidas para ello parecen evidentes. En primer lugar la denuncia y renegociación de los Acuerdos de Defensa con EE UU de 1989-2002, de manera que haya una

recuperación ya no de “jure” sino de “facto” de las bases militares españolas que utilizan las fuerzas militares de EE UU. En segundo lugar, un debate parlamentario en profundidad sobre los Acuerdos y protocolos de actuación existentes de nuestros servicios de seguridad en relación con la colaboración con los servicios de inteligencia de otros países, que permiten que el CNI no sepa nada hasta la fecha de posibles violaciones de derechos humanos cometidas en nuestro territorio por el “programa de rendiciones” y los vuelos de la CIA, mientras podía interrogar repetidamente a los presos españoles y marroquíes en Guantánamo. En tercer lugar, pasar del reconocimiento del fracaso de la estrategia militar en Afganistán a asumir las consecuencias de una estrategia internacional y regional de reconstrucción civil del país, que implica necesariamente la retirada de las tropas españolas. Unas tropas confinadas en sus guarniciones como objetivos estáticos de los señores de la guerra y el opio afganos, mientras las tropas de EE UU y de otros miembros de la OTAN prosiguen desde el cielo su ofensiva contra los talibanes, causando en un año 6.000 víctimas “colaterales” civiles.

Más allá de la inconveniencia que hubiera supuesto la retirada de las tropas españolas de Afganistán para la candidatura de un general español como jefe militar de la OTAN, ha llegado el momento de plantearse si el necesario giro progresista de nuestra política exterior puede llevarse a cabo en el marco de la Alianza Atlántica. Porque uno de los efectos perversos del “síndrome compensatorio” es que, aparte de producir espejismos como el de la candidatura antes mencionada, no permite cuestionar ni la naturaleza ni la función de una alianza militar que impide el desarrollo de una política europea de defensa autónoma, hipotecando la propia construcción política plena de la UE. Sobran razones para volver a plantear la presencia de España en la OTAN, empezando por Afganistán y la defensa consecuente del derecho internacional y nuestros propios intereses europeos.

IU intentará en estas elecciones que la política exterior no quede subordinada y en sordina ante un “síndrome compensatorio” que no es la respuesta que esperaban y exigían quienes se manifestaron contra la guerra de Iraq y por la paz. Votar a IU supone exigir también ese giro progresista de nuestra política exterior, iniciado pero frustrado, que es imprescindible concluir.

- NOTAS SOBRE AMERICA LATINA Y LA POLITICA EXTERIOR ESPAÑOLA
-
- AL vive una encrucijada decisiva en estos días. El 2 de diciembre tendrá lugar el referéndum sobre la reforma de la Constitución Bolivariana de Venezuela y poco después debe celebrarse el referéndum en Bolivia sobre la nueva Constitución elaborada por la Asamblea Constituyente en Bolivia. Se inicia así una segunda fase de cambios, tras las victorias electorales de los dirigentes que han roto con el Consenso de Washington y el neoliberalismo en Venezuela, Bolivia y Ecuador. A este eje central del cambio democrático en América Latina hay que sumar también los desplazamientos a la izquierda que han supuesto la elección o reelección de gobiernos progresistas en Nicaragua, Argentina, Brasil y Uruguay. Combinando ambos aspectos de un mismo proceso de cambio, no tenemos mas remedio que tomar nota de una importante remodelación geo-estratégica en América Latina.
- ¿Cómo han sido posibles estos cambios? En primer lugar porque las políticas económicas neoliberales de los años 80 y 90, las terapias de shock que ahora ha analizado en su conjunto Naomi Klein, han fracasado sin lugar a dudas, dejando un legado de mayor desigualdad social, debilitamiento fiscal de los estados y de su capacidad de ser instrumentos de modernización a través de la expansión de servicios públicos. Acaba de presentarse el informe de la OCDE sobre América Latina en Casa de América ayer y no ofrece ninguna duda al respecto.
- En segundo lugar porque tras este fracaso, las burguesías criollas no pueden seguir gobernando como antes. No tienen el apoyo necesario de los ejércitos para intentar procesos de modernización bonapartistas desde arriba. En muchos estados, la crisis fiscal supone también crisis de la capacidad represiva de los ejércitos. En Guatemala al acabar la guerra civil había más de 60.000 efectivos operativos. Hoy no llegar a los 10.000. Hasta la seguridad se ha privatizado en muchos estados, aunque no en las potencias regionales claves como Brasil, Argentina, Colombia o Chile. Tampoco tienen capacidad de ignorar las reivindicaciones populares tanto en el terreno social como en el de la refundación republicana de sus estados, integrando a las poblaciones indígenas o afro-americanas marginadas hasta ahora. Las burguesías criollas sufren una crisis importante de su papel nacional y de articulación republicana, porque son tan dependientes de los mercados globalizados internacionales, que no pueden cumplir ya ese papel.

- En tercer lugar, EE UU, está empantanado en Irak y no tiene la capacidad de jugar un papel destacado en la región ni en el terreno militar –basta ver el fracaso del Plan Colombia- ni en el político. De hecho compite en desventaja como principal responsable del Consenso de Washington, que se identifica con las décadas perdidas de desarrollo en AL. Hoy es más popular el Banco del Sur que el Banco Mundial. La energía viene del gasoducto bolivariano, no de las compañías de EE UU.
- En cuarto lugar, los cambios tienen en su base y punto de partida una extensión sin precedentes de la democracia participativa a sectores de la población, indígenas, negros, mestizos, pobres, que por primera vez votan y lo hacen para imponer su agenda reivindicativa a las burguesías criollas, a veces desplazándolas de manera directa, otras condicionando sus alianzas y obligándolas a tener en cuenta a estos sectores nuevos de electores. No es casualidad que la refundación republicana mediante nuevas Asambleas Constituyentes haya sido la consigna central del cambio político allí donde este ha ido más lejos.
- Podemos discutir o no de si se trata de procesos revolucionarios, pero por el momento tiene poca importancia. Es más importante constatar que son procesos de cambio que nacen de la resistencia al neoliberalismo, al imperialismo, que marcan un cambio a la izquierda en la correlación de fuerzas nacional e internacional. Que son cambios profundamente democráticos. Que necesitamos y queremos que esos cambios en la correlación de fuerzas se consoliden y creen nuevos espacios de autonomía frente a las políticas Imperiales, unilaterales, de la Administración Bush y su “globalización armada”. Somos conscientes que esta ventana de oportunidad en la que están sucediendo estos cambios no durará para siempre y que depende del empantanamiento militar de EE UU en Irak, estableciendo una relación directa entre dos sectores geoestratégicos mundiales.
- Por lo tanto la primera tarea para la izquierda alternativa española y europea es la solidaridad con ese proceso de cambio político y social. Cuanto más avance, cuanto más democrático sea en el sentido de integrador y refundador republicano, más margen de autonomía genera para la izquierda en Europa. La segunda tarea es aprender de esa experiencia tan enriquecedora, porque la izquierda solo puede renovarse desde el propio cambio político y social, de sus experiencias y lecciones tácticas y estratégicas. Las lecciones de Cuba permitieron la aparición de una nueva izquierda en los años 60. Las de Chile fueron decisivas en los años 70. Hoy lo son las de Brasil, Venezuela, Bolivia o Ecuador, con todos sus matices y diferencias. Sin aprender de esas lecciones, de sus errores y aciertos,

no es posible una refundación de la izquierda alternativa europea como la que queremos. Desde IU hemos hecho un especial esfuerzo por estar presentes en estos procesos de cambio social y político, con la presencia de compañeros sobre el terreno, colaborando con la izquierda latino-americana. La izquierda española y la izquierda latino americana tienen no solo valores comunes, sino que deben cooperar, ayudarse, en ese horizonte de cambio social y político. Lo que está ocurriendo en América Latina, elección tras elección, no es muy distinto de lo que ocurrió aquí el 14 de marzo del 2004: el agotamiento del sistema político dominado por la derecha.

- La derecha en América Latina y en España acusa de “populistas” a quienes lideran este proceso de cambio político y social, democrático. Quienes se preocupan ante todo de los “populismos” en América Latina no lo hacen porque les preocupe la extensión de la democracia al conjunto de las mayorías. Lo que les preocupa es que esas mayorías pongan por delante la satisfacción de sus intereses mayoritarios a los de las minorías que hasta ayer dominaban los sistemas políticos oligopólicos del continente. Lo que les preocupa no es el índice de mortalidad infantil escandaloso, la baja esperanza media de vida de 20 millones de bolivianos. Lo que les preocupa son los retornos del fondo de pensiones privado gestionado por un banco español que acoge solo a 260.000 bolivianos capaces de pagarlo. Por eso les preocupa la victoria de Evo Morales, con el mayor apoyo electoral que nunca ha tenido un presidente boliviano. O los tres triunfos electorales de Hugo Chávez con el 66%, o el de Correa en Ecuador.
- Pero frente a este análisis, hay quienes creen que los intereses de España en América Latina se limitan a los intereses de las grandes empresas transnacionales de origen español que hoy suponen más del 30% del valor de nuestra bolsa. Y hablan de los peligros del populismo, olvidando cual es la visión de España que recogen las encuestas de opinión como consecuencia de la actuación de algunas de esas empresas –la “marca España” de la que hablaba el PP- que el propio programa electoral del PSOE reconocía que había que sustituir por una nueva responsabilidad social empresarial. Hoy gran parte de las subidas de las facturas de unos servicios sociales imprescindibles como el agua, la energía, el teléfono, en medio de una dura lucha por la vida, llevan esa “marca España”. Como la llevan los apagones de 14 horas de Managua. Hay que ser conscientes de esa realidad, porque las privatizaciones que permitieron las inversiones españolas en muchos casos carecen de legitimidad social. Se hicieron por gobiernos corruptos en muchos casos y que han sido revocados en las urnas.

- Esa visión, que es la herencia de la vieja política de influencias de los Gobiernos de Felipe González, si se acaba imponiendo implicará no un acompañamiento de las nuevas realidades latino-americanas, sino la imposibilidad de jugar un papel de mediación –como entre Colombia y Venezuela- ,la no posibilidad de una renegociación de la posición de las empresas transnacionales –como el contrato de REPSOL con PDVSA en Venezuela o en Bolivia, y no un reforzamiento de conjunto de las Cumbres Iberoamericanas y de nuestra papel en ellas, sino la vuelta a un maniqueísmo simplista, cuya expresión más coherente fue la propia política pseudo-imperial del PP, brillantes resultados ya se vieron en su capacidad de intervención en la crisis argentina de 1999 o su apoyo al golpe de estado de Carmona en el 2002 en Venezuela, de la mano de EE UU.
- En este sentido, el conflicto que hemos presenciado en la reciente Cumbre Iberoamericana y que todavía colea, no solo ha sido un incidente diplomático con rancio aroma de otra época. Refleja por el contrario las contradicciones estructurales que introduce en nuestra política exterior la llamada “segunda colonización” de América Latina por las empresas multinacionales españolas, gracias a las políticas de privatizaciones neoliberales. No tenemos nada que oponer a las propuestas de cohesión social, a la “exportación” de un modelo de gasto social que implique reformas fiscales fuertes y ampliación de la democracia. Pero sería ingenuo, cuando no hipócrita, creer que es totalmente compatible con tasas de beneficio superior al 60% y a veces al 100% de las inversiones de algunas empresas españolas en la región. Y sobre todo, ese modelo no puede enfrentarse a la propia agenda de cambio social y político de la izquierda latino-americana en nombre de la “seguridad jurídica”, dos palabras que a veces acaban significando simplemente la aspiración de un nuevo Pinochet por algunos, como es el caso de Aznar.